

filósofo y racional, la adhesion inmutable al crimen y la desesperacion de la apostasia.

58. Foulques de Nevilli, llamado así de la villa de este nombre, situada sobre el Marne entre París y Lagni de donde era cura, tuvo el encargo de predicar la cruzada, primero del legado Pedro de Capua, y despues del Papa Inocencio, fundados en la elevada reputacion que este buen ministro del Señor habia adquirido hasta en las regiones mas distantes. Precipitáronle la ignorancia y la mala educacion desde luego en una vida disoluta; mas habiéndole Dios tocado despues en el corazon, puso al punto su parroquia en el mejor estado, estendió luego su celo de uno á otro pueblo exhortando á todos al desprecio de las cosas del mundo, y haciendo una guerra irreconciliable á los escandalosos, en particular á las mugeres de malas costumbres y á los usureros de que abundaba mucho su vecindario. Siendo muy sencillo y poco versado en letras, no recogió mas fruto en el espacio de dos años que risas y desprecios.

Para adquirir la ciencia cuya necesidad no se le ocultaba, se propuso el medio de ir á París en el discurso de cada semana, á oír á los doctores. En un librito de memoria recogia los testos mas convenientes de la Escritura, algunos pasages notables de los santos padres y algunas máximas de moral: las meditaba luego, y formaba las instrucciones que predicaba el domingo siguiente. Pedro el cantor, uno de los doctores mas nombrados de su época, y cuyas lecciones iba frecuentemente á aprender, quedó pe-

netrado de su fervor, y se interesó vivamente en el buen éxito de sus trabajos. Cierta dia le hizo predicar en París, en la iglesia de San Severino, y asistió él al sermón acompañado de muchos de sus discípulos; y fue tal la vehemencia que dió Dios á las palabras del piadoso orador, que su maestro y los demás concurrentes exclamaron arrebatados de admiracion, que el Espíritu Santo hablaba por la boca de Foulques. Desde este momento todos los doctores y estudiantes corrian en gran número á sus sermones, llegando á ser tan grande el concurso que no cabian en las iglesias. Predicando en la plaza de los Campos, es decir, en los mercados delante un numeroso concurso de clérigos y pueblo, habló de las postrimerias con tanta fuerza, que muchos se postraron compungidos en su presencia con los pies descalzos y en camisa haciendo una confesion pública de sus pecados, presentándole las varillas y las correas, y abandonándose á su discrecion. Foulques, dando gracias á Dios, los abrazaba derramando lágrimas, los confirmaba en sus buenos propósitos, y daba á cada uno los consejos convenientes. Muchos usureros restituyeron lo mal ganado: detestaron las barraganas sus infamias, y se cortaron los cabellos para consagrarse á una humilde penitencia, y él promovió la fundacion de la abadía de San Antonio á fin de asegurarlas un retiro.

Tal autoridad adquirió, que los escolares y los doctores concurrían alternativamente con sus tabletas para recoger lo posible de sus sermones, y hacer uso

punto. Alegaron por causa, que Octaviano, cardenal obispo de Ostia y legado apostólico, les era sospechoso. Llegó tambien tres dias despues á Soissons el cardenal Juan de San Pablo asociado á la legacion de Octaviano. La probidad de Juan no era equívoca. Señaló su desinterés y escrupulosidad rehusando admitir los mas pequeños presentes del Rey Felipe, y persuadió á todos la entera y justa confianza que depositaba en él el Papa Inocencio. No pudo la Reina Isemburga negarle los mismos sentimientos; pero despues de la partida atropellada de los defensores que le habia enviado el Rey su hermano, no tenia ya nadie que litigase su causa. En tan crítica situacion y teniendo en poco todo respeto humano, un clérigo desconocido y pobremente vestido se adelantó en medio de la multitud, pidió al Rey y á los legados el permiso de defender la inocencia, y se lo permitieron. Su elocuencia y su erudicion justificaron su magnanimidad. Todos quedaron enternecidos: el cardenal Juan de San Pablo se persuadió de que no habia causa para la separacion, y se dispuso á fallar en favor del matrimonio.

Retiróse el Rey Felipe muy turbado, salió de Soissons al amanecer sin anunciar su partida: llevó en su compañía á Isemburga, é hizo decir luego al prelado que la reconocia por esposa, y que no instaria mas en la separacion. Es verdad que la encerró inmediatamente en el castillo de Estampes, como en una prision honesta, donde la suministró lo preciso para su subsistencia. Felipe renovó sus tentativas du-

rante esta detencion, que tambien fue larga, para ablandar al Papa, quien permaneció inmutable, mas sin exasperar al Rey con una precipitacion ó un rigor extraordinario. Se esforzó en hacer conocer las causas de su fingida inflexibilidad al mismo Príncipe que tenia por objeto: le representó el escándalo que causaria la disolucion de un matrimonio tan solemne, y de cuya consumacion no podia dudar la prudencia. Concluyó con esta reflexion notable, y tan propia para causar impresion: „si pronunciamos en esta materia sin la deliberacion de un concilio general, á mas de la ofensa de Dios y de la mala opinion en que incurriríamos, nos pondríamos á riesgo de perder nuestra dignidad (1).” Rindióse por fin el Rey Felipe: sacó á la Reina Isemburga del castillo de Estampes; y esta accion, como una de las mas bellas de su vida, causó en todos sus pueblos un gozo inexplicable.

61. Atento á todo Inocencio III, supo que Alfonso, Rey de Leon, al contrario que Felipe Augusto, no queria de modo alguno separarse de Berenguela, hija de Alfonso, Rey de Castilla, su primo-hermano, con quien habia casado contra las leyes canónicas. Para este objeto envió á España á Reinerio, monge del Cistér, quien despues de reiteradas moniciones señaló al Rey de Leon lugar y dia fijos para comparecer ante él. No se presentó el Príncipe: Reinerio pronunció escomunion contra su persona, y el entredicho en todo el reino. Habiendo declarado el

(1) *Lib. 15. ep. 105.*

Rey de Castilla que estaba pronto á recibir su hija si se la enviaban, no se fulminó contra él ninguna censura (*).

62. Inocencio III por este propio tiempo confirmó

(*) Era ya esta la segunda vez que la Iglesia descargaba sus rayos sobre este Monarca, y siempre por igual motivo. Alfonso IX de Leon habia sucedido á su padre Fernando II, que murió con universal sentimiento de sus vasallos á 21 de Enero de 1188. Al año siguiente de su coronacion se casó Alfonso con Doña Teresa, Infanta de Portugal, hija de su primo-hermano el Rey D. Sancho. Luego que el Sumo Pontífice Clemente III tuvo noticia de este matrimonio, procuró por medio de su legado que se declarase por nulo, como efectivamente lo era; pero no quisieron venir en ello los Reyes, creyendo, segun dice Rogerio Hobeden, ó que el impedimento era puramente civil en el que ellos mismos podian dispensar, ó que no debia entenderse con las personas reales. Estos pretextos de nada sirvieron: el Papa nombró su legado para terminar esta cuestion á Jacinto, cardenal de Santa María en Cosmedin; pero habiendo fallecido entretanto Clemente III, y elevado Jacinto á la santa Sede con el nombre de Celestino III, quedó por entonces suspendida la legacion. Celestino trató el negocio con grande cuidado, dió sus instrucciones y envió á España al cardenal Gregorio de San Angelo. Este juntó un concilio en Salamanca de los prelados de Leon y Portugal, de los cuales la mayor parte declararon el matrimonio por nulo; mas los obispos de Leon, Astorga, Salamanca y Zamora no asistieron al congreso, y persistieron en defender el matrimonio como válido, apoyados en los pretextos que alegaban los mismos Reyes. El cardenal legado pronunció la sentencia de excomunion contra los cuatro prelados, y amenazó y por último puso entredicho en los reinos de Leon y Portugal, de que se siguieron no pequeños disturbios. Finalmente, despues de muchas conferencias y deliberaciones, se resolvió Alfonso á la separacion, y envió á Doña Teresa á Portugal, la que en adelante vivió con tanta perfeccion y virtud que vino á mere-

la órden de la Santísima Trinidad para la redencion de cautivos. Despues de tan tristes revoluciones suscitadas en el transcurso de algunos años en los estados cristianos del oriente, era excesivo el número de cer el título y veneracion de Santa, y fue canonizada por Clemente XI en 1705.

Las mútuas guerras que ocurrieron despues entre Alfonso de Leon y Alfonso de Castilla y los deseos de ajustar las paces, dieron ocasion al enlace del Rey de Leon con Doña Berenguela, hija del Rey de Castilla, el que se efectuó á mediados de 1197. La Infanta era la muger de mas amables prendas que se conocia, por su gran virtud, extraordinarios talentos, sensibilidad, hermosura y demás dotes personales, con las que se granjeó todo el corazon de su esposo y de su reino que gobernó ella misma con indecible acierto. Sin embargo, este enlace era incestuoso y semejante en todo al que se habia visto precisado Alfonso á disolver. El Papa Inocencio III renovó entonces todas las providencias que diera antes su predecesor, y se puso el entredicho en el reino de Leon. Enviaron los Reyes de España sus embajadores á Roma para obtener la necesaria dispensa del parentesco, mas ninguna representacion bastó á inclinar el ánimo del Sumo Pontífice, queriendo este que quedase definido y asentado en España que no pertenecia á la potestad temporal dispensar en los impedimentos del matrimonio. Disolvióse en fin al cabo de siete años aquel enlace, y el Rey fue absuelto de la censura en Octubre de 1204. No obstante la invalidéz del matrimonio de Alfonso con Berenguela, fue él para nuestra España el principio de su mayor gloria. En 1200 dió á luz Berenguela al glorioso San Fernando, honor eterno de España y de sus augustos Monarcas, azote de los moros y restaurador principal de la monarquía española. Tuvo Alfonso otros cuatro hijos de Berenguela, los cuales al tiempo de la separacion quedaron todos legitimados, y el Príncipe San Fernando jurado heredero y sucesor de su padre en aquel reino con aplauso general de los estados. Ferreras tom. 5. — Mariana lib. 11. Ortiz lib. 8. cap. 5.

en sus propios discursos. Aunque sencillos en el fondo los de Foulques, por su claridad, por el tono de razon que sabia conciliar con el de la piedad, independientemente de la mocion que rebosaban, tenían mas atractivo que aquella masa de divisiones y subdivisiones arbitrarias, de lugares comunes, de alegorías forzadas, de alusiones pueriles que encontramos cuasi inertes y sin raciocinio en los sermones de entonces, sin exceptuar los de Estévan de Tournay y de Pedro de Blois. De esta manera Foulques exhortaba á los doctores á abstenerse de las vanas sutilezas y de las cuestiones supérfluas, á buscar en sus instrucciones la exactitud y la utilidad, y á mezclar aquellas gracias juiciosas que las hacen agradar sin debilitarlas (1). Muchos sabios hubo que se gloriaron de ser sus discípulos y compañeros en su carrera apostólica; entre otros Pedro el cantor, el abad de Perseigne del orden del Cistér, y Alberico, archidiácono de París, que en lo sucesivo fue arzobispo de Rems.

Igualmente egereció Foulques su predicacion apostólica en toda la Francia, la Flandes, la Borgoña y en gran parte de Alemania. Disputábanse los obispos la gloria de llevarle á sus diócesis, y por do quiera era recibido como un ángel descendido del cielo. Nada tenia de singular en su exterior ni en su método de vida: viajaba á caballo, y comia sin melindre lo que le presentaban. No dejó el Señor de comunicarle el don de milagros en grado muy elevado (2). Curaba toda especie de enfermedades con sola la im-

(1) *Ott. á S. Blas. cap. 47.* (2) *Ott. ibid.*

posicion de las manos ó con la señal de la cruz; pero no usaba de este poder con todos los enfermos que se lo pedian. Negóse con algunos en un todo, por cuanto su curacion, decia, no era saludable á su salvacion. A otros les alentaba á que siguiesen en hacer mas penitencia. Le presentaron algunas personas de condicion noble á un jóven de su familia, imposibilitado de todos los miembros; principió dándole una fuerte reprehension sobre la vanidad de su trage, y despues le curó de golpe.

Teniendo potestad de la santa Sede para emplear en la predicacion de la cruzada á los que creyese á propósito elegir entre los monges negros ó cluniacenses, los monges blancos ó cistercienses y los canónigos regulares, principió cruzándose á sí mismo. Siguiéron inmediatamente su egemplo una multitud de gentes de toda condicion, queriendo todos á porfia recibir la cruz de su mano, siéndole imposible complacer á todos por ser tantos. Prometianse ellos el buen éxito de una empresa, á la cual sabian que les debia guiar. Los dones de toda especie que pusieron en sus manos para los gastos de la espedicion, ascendieron á sumas prodigiosas: pero á pesar de su desapego de todas las cosas perecederas, decayó considerablemente su reputacion y su autoridad: tan cierto es que se siguen muchos inconvenientes, aun á los eclesiásticos mas santos, de mezclarse en este género de administracion.

Fueron los principales señores que tomaron la cruz á impulso de sus predicaciones, Tibaldo V, conde

de Champaña, y Luis, conde de Blois, uno y otro primos-hermanos del Rey de Francia y sobrinos del de Inglaterra; Simon de Monforte, tan famoso despues por sus triunfos contra los albigenses, Godofrido de Villa-Harduino, mariscal de campo y autor de la historia de esta cruzada; los señores de Montmiral, de Montmorenci, de Laval y de Dampierni.

59. No estorbó en manera alguna el celo de la guerra santa al legado Pedro de Capua promover con viveza la causa de Felipe Augusto y de Isemburga. Despues de largas é inútiles tentativas para inducir al Rey á que volviera á unirse con su esposa legítima, Pedro puso un entredicho general en su reino con órden á todos los prelados de observarle bajo la pena de suspension (1). Despues de algunas representaciones que hicieron al Papa los obispos, que no fueron oídas, se conformaron tan puntualmente con sus intenciones, que habiendo resuelto Felipe el matrimonio de Luis su hijo con Doña Blanca de Castilla, se vió precisado á celebrarle entre Vernon y Andeli, en los estados del Rey de Inglaterra, tio de esta Princesa. Enfurecióse el Rey Felipe contra el clero en los primeros impulsos de su resentimiento; arrojó á muchos obispos de sus sillas; desterró sus canónigos y clérigos; depuso á los párrocos de sus curatos, y se apoderó de sus bienes. Sin embargo, poco despues, movido de los clamores de su pueblo y de los gritos de su propia conciencia, entabló una negociacion inmediata con el Sumo Pontífice, é intentó componerse

(1) Roger. pag. 802. Rigord. pag. 44.

mejor que con el legado. Sobre todo exigió Inocencio de este Príncipe que volviese á tomar su esposa legítima, mirando como de ningun valor la primera sentencia de divorcio pronunciada en Compiègne.

60. Felipe, cuya aversion á Isemburga igualaba á la aficion que tenia á Inés, apeló en situacion tan penosa á los consejos de algunos prelados y señores para saber el partido que debia tomar. Respondiéronle todos á una voz sin exceptuar el arzobispo de Rems su tio, que era forzoso prestar obediencia á la santa Sede (1). „Luego la sentencia que pronunciateis en Compiègne, replicó mirando al arzobispo, fue una pura ilusion.” Y no osando el prelado decir lo contrario, le trató el Rey de juez inconsiderado y perverso. No obstante, separóse de Inés, y volvió á tomar á Isemburga á fin de poner por este medio las cosas en estado, y proceder en forma á un nuevo juicio. Entonces se levantó el entredicho, prefijóse tiempo para prepararse á este juicio definitivo, y el Papa escribió así á la Reina como al Rey de Dinamarca su hermano, que se dispusiesen á defender bien su causa. Esta prudente lentitud, y la muerte de Inés de Merania que sucedió en este intervalo, allanaron el mayor óbice. El asunto se terminó en el año de 1201 en un concilio de Soissons; mas de un modo del todo inesperado. Los enviados del Rey de Dinamarca, despues de haber propuesto el estado de la cuestion, interpusieron apelacion con Isemburga al tribunal del Sumo Pontífice, y se retiraron al

(1) Gest. Innoc. num. 52.